

Los primeros rayos del día empezaban á luchar bajo aquellas bóvedas con las antorchas con que los gendarmes iluminaban sus pasos. Eran las cuatro de la mañana. Cuatro horas iban transcurridas del último día de su vida. Dejaronla aguardando la hora del suplicio en la estancia fatal en que los condenados á muerte esperan al verdugo. Pidió al conserje tinta, papel y pluma, y escribió á su hermana la siguiente carta, encontrada despues en los papeles de Couthon, á quien Fouquier-Tinville hizo el presente de las particularidades de la muerte y de aquellas reliquias de la majestad:

«El 15 de Octubre á las cuatro y media de la mañana.

»A vos, hermana mia, es á quien escribo por la última vez. Acabo de ser condenada, no á una muerte vergonzosa, porque ésta lo es sólo para los criminales, sino á ir á unirme con vuestro hermano. Inocente como él, espero tener su mismo valor en los últimos momentos. Siento profundo pesar en abandonar á mis pobres hijos; no ignorais que sólo por ellos y por vos vivia; por vos, que incitada por vuestro cariño lo habeis sacrificado todo para estar junto á nosotros. ¡En qué situacion os dejo! He sabido por el relator del proceso que está mi hija separada de vos. ¡Ah, infeliz hija mia! No me atrevo á escribirle; tampoco recibiria mi carta, y aún dudo que llegue hasta vos ésta. Recibid para ellos dos mi bendicion. Espero que un dia, cuando mis hijos sean mayores, podrán reunirse y gozar en libertad de vuestros solícitos cuidados. Que piensen los dos en lo que no he dejado de inspirarles. Que su amistad y confianza mutua hagan su felicidad. Que mi hija conozca que en la edad en que se encuentra, debe ayudar constantemente á su hermano con los consejos que su superioridad de experiencia y su cariño puedan inspirarle. Que mi hijo á su vez le devuelva todos los cuidados y servicios que el amor puede ofrecer. Que conozcan ambos, finalmente, que en cualquier posicion en que puedan encontrarse, sólo les hará verdaderamente dichosos su constante union. Que tomen ejemplo de nosotros. ¡Cuánto ha dulcificado nuestra desgracia el amor que nos ha unido! Y en la felicidad se goza doblemente cuando se puede compartir con un amigo. ¿Dónde le encontrarán más tierno ni más afectuoso que en su propia familia? Que no olvide jamás mi hijo las últimas palabras de su padre, que expresamente le repito: *Que no intente jamás vengar nuestra muerte.*

»Voy á hablaros de un asunto muy penoso para mi corazon. Conozco cuánto os habrá hecho padecer mi hijo. Perdonadle, hermana querida; pensad en la edad que cuenta y en lo fácil que es hacer decir á un niño lo que se quiere y que aún no comprende. Confio en que llegará un dia en que conocerá todo el precio de vuestras bondades y toda la ternura que por los dos sentis. Réstame aún confiaros mis últimos pensamientos. Hubiese querido apuntarlos desde el principio de mi proceso; pero á más de no dejarme escribir, la marcha de éste ha sido tan rápida que no me hubiera dado tiempo para efectuarlo. Muero en la religion católica apostólica romana, religion de mis padres, religion en la que me he educado y he profesado siempre, sin aguardar ningun consuelo espiritual, ignorando si aún existen sacerdotes de esta religion, y temiendo por ellos si penetrasen hasta el calabozo. Pido sinceramente á Dios que perdone todas las faltas que he cometido durante mi existencia. Su bondad infinita acogerá mis últimas plegarias, como tambien las que ha tiempo le dirijo para que su misericordia y bondad acepten mi

alma. Pido perdon á todos los que conozco, y particularmente á vos, hermana mia, de todos los sinsabores que involuntariamente os haya podido causar. Perdono á mis enemigos el mal que me han hecho. Dirijo mi postrer adios á mis tias, hermanos y hermanas. Tenia amigos, y la idea de que los abandono para siempre, junto con los trabajos que sufren, es la que más atormenta mi agonía; que no ignoren á lo ménos que hasta mi último suspiro les he consagrado mi recuerdo. ¡Adios, mi bondadosa y amante hermana! ¡Ruego al cielo que recibais esta carta! ¡Pensad en mí! Os abrazo con toda la efusion de mi corazon, como tambien á esos pobres y queridos hijos... ¡Dios mio! ¡Cuán doloroso es abandonarlos para siempre! ¡Adios! ¡Adios!... Mi deber es ocuparme tan sólo de lo espiritual. Como estoy encadenada en mis acciones, se me destinará tal vez un sacerdote; pero ni una palabra oirá de mi labio; para mí será completamente un extraño.»

XXII

Al terminar esta carta la besó una y mil veces, como si hubiese querido que sus hijos recibiesen por ella el calor de su labio y la humedad de sus lágrimas. La plegó, y sin cerrarla la entregó al alcaide Bault. Este la remitió á Fouquier-Tinville.

Se ha escrito que en aquellos supremos momentos le concedieron un sacerdote no



La reina en la Conserjería.—Pág. 123.

juramentado, y los sacramentos de la religion católica. En su agonía no recibió ninguno de estos consuelos que le ayudasen á fortalecerse ó defenderse en su última lucha. Vamos á transcribir el relato de un testigo ocular de las circunstancias religiosas que precedieron al suplicio de la reina.

La república, aún en sus más terribles accesos, no desconoció á Dios, como algunos creen, ni rompió los lazos del hombre con la religion y del alma con la inmortalidad. Había republicanizado su culto, pero no abolió ni el ejercicio ni la dotacion de este culto republicano. No desechó las antiguas prácticas de la justicia criminal, ni la costumbre de enviar sacerdotes á los condenados á muerte, pero eran sacerdotes constitucionales. El obispo de Paris, Gobel, vigilaba escrupulosamente este caritativo servicio confiado á su clero. Multiplicáronse las ejecuciones, y tuvo que aumentar el número de sacerdotes á quienes confiaba aquella mision. En el obispado permanecian siempre cinco ó seis sacerdotes que se relevaban en esta especie de centinela fúnebre. Cada vez que el tribunal revolucionario pronunciaba una sentencia de muerte, el presidente remitía la lista de los condenados á Fouquier-Tinville, Fouquier la enviaba al obispo, el prelado advertía á los sacerdotes, y éstos se distribuian las cárceles.

Igual formalidad se cumplió con la reina. Pero en esta ocasion, la alta categoría de la víctima, la aversion á este encargo, la repugnancia á que la historia revelase su nombre ligado á un asesinato que tanto pregonaria la posteridad, el miedo de que el pueblo asaltara al acompañamiento ántes de llegar al cadalso, inmolando en la carreta la víctima y al sacerdote, y por último, la seguridad de no ser admitidos por una mujer que todo lo rechazaba de la revolucion, hasta las preces, retrajeron algun tanto á los sacerdotes de Gobel, mostrándose tímidos y remisos en llenar su deber al lado de María Antonieta; así es que se transmitian el encargo unos á otros.

Tres se presentaron, no obstante, por la noche en la Conserjería, y ofrecieron tímidamente su ministerio á la reina. El uno de ellos era el cura constitucional de Saint-Landry, llamado Girard; el otro, uno de los vicarios del obispo de Paris, y el tercero, un sacerdote alsaciano llamado Lothringer. La reina les recibió más como precursores del verdugo que como precursores de Cristo. El cisma que admitieron era para la reina una mancha de la república. Sin embargo, conmovió á la reina su actitud respetuosa y su lenguaje. Adornó su repulsa con una expresion de reconocimiento y demostrando pesar. «Os doy gracias,—dijo al abate Girard,—pero mi religion me prohíbe que el perdon de Dios me lo transmita la voz de un sacerdote que no pertenece á la comunión romana... Sin embargo, siento necesidad de un confesor,—añadió con apacible y tímida humildad, la cual reconocía en su corazon, no ante el sacerdote, sino ante el hombre,—porque soy gran pecadora; pero voy á recibir un gran sacramento.» «Sí, el martirio»,—dijo en voz baja el cura de Saint-Landry, y se retiró inclinándose.

El abate Lambert, jóven, de noble aspecto, de una apostura más militar que sacerdotal, de acrisolado republicanismo y de fe sincera, aunque alterada por las tempestades del tiempo, se mantuvo á respetuosa distancia detras de sus dos cohermanos. Contempló silencioso esta terrible expiacion de la majestad por una mujer, y salió admirado de las lágrimas que arrasaban sus ojos.

El abate Lothringer se obstinó en ofrecer su ministerio. Era un hombre pia-

doso por conviccion, servicial, limitado de inteligencia y que creía el sacerdocio un oficio. Le ejercía con agitacion y vanidoso celo; asistía en sus calabozos á cuantos sentenciados le era posible, espiando una idea que se dirigiese á Dios hasta al pié del cadalso. Tal fué el único consolador que la Providencia deparó en sus últimos momentos á la mujer que más que todas necesitaba de su consuelo.

A pesar de sus importunas amonestaciones, el abate Lothringer no consiguió que la reina doblase la rodilla ante él. Sola elevó sus preces, sola se confesó á Dios. No poseía la apacible y viva fe de su esposo para fortalecerse en su último momento. Su alma era más apasionada que piadosa. La atmósfera del siglo XVIII, que respiró, las mundanas distracciones de sus costumbres, y algo despues las agitaciones del trono é intrigas políticas, evaporaron la religion de su alma, demasiado combatida por los vientos del mundo para que conservase siempre impresos los pensamientos consagrados á Dios. Durante mucho tiempo, la religion fué para ella una manifestacion pública, una etiqueta de la corona, cuya degradacion humillaria la corte y debilitaria el trono. Sólo la encontró en el fondo del abismo de sus desgracias. El ejemplo de la fe de Luis XVI y de su hermana fué como un piadoso contagio que afectó su alma. Pero esta fe de deseo y de imitacion no alcanzó en ella ese estado de seguridad y de beatitud que cambia las tinieblas en luz, la muerte en apoteosis. A María Antonieta le asistía sólo la resolucion de morir como cristiana, fe en la que murió su esposo, fe en la que vivía su angelical hermana, á quien dejaba por madre de sus hijos. Esta hermana le deparó secretamente un consuelo que su piedad consideraba una necesidad para su salvacion. Era el número y piso de una casa de la calle de San Honorato, delante de la cual pasaban los ajusticiados, en la que en el día y á la hora de su ejecucion estaria un sacerdote católico para absolverla y bendecirla en nombre de Dios; bendiccion invisible para el pueblo. La reina confiaba en este sacramento para morir en la fe de su raza y reconciliada con el cielo.

XXIII

La reina, despues de haber escrito y orado, durmió tranquilamente algunas horas. Cuando despertó, la hija de Bault la vistió y peinó con algun cuidado más que los otros días. María Antonieta se quitó el vestido negro que usaba desde la muerte de su esposo, para vestirse otro blanco, símbolo de inocencia para la tierra y de alegría para el cielo. Un pañuelo tambien blanco cubria sus espaldas, y una gorra igualmente blanca su cabeza. Una cinta negra que afirmaba esta gorra á las sienes recordaba al mundo su luto, á la reina su viudedad, y al pueblo su inmolacion.

Inundaban numerosos espectadores las ventanas, los parapetos, los tejados y aún los árboles. Bullia por las rejas y hasta en los patios un tropel de mujeres animadas de furor contra la *Austriaca*. Cubria el Sena una pálida niebla de otoño, que por algun punto permitía que los rayos del sol hiriesen los techos del Louvre y del palacio. A las once, los gendarmes y ejecutores entraron en la sala de los sentenciados. La reina abrazó á la hija del alcaide, y ella misma se cortó los cabellos. Se dejó atar las manos sin murmurar, y salió con firme paso de la Conserjería. No dejó entrever ninguna debilidad femenina, ningun desfallecimiento del

corazon, ningun escalofrio, ninguna palidez en sus facciones. La naturaleza obedecia á la voluntad y le prestaba toda su energía para morir como reina.

Al bajar la escalera del patio vió la carreta de los ajusticiados, hácia la que se dirigian los gendarmes. Se detuvo como para cambiar de direccion, y manifestó horror y sorpresa. Creyó que el pueblo revestiria su odio con la decencia, y que, como al rey, la conducirian en un coche cerrado. Dominado este movimiento, bajó la cabeza en señal de aceptacion, y subió á la carreta. A pesar de no haber admitido sus ofertas, el abate Lothringer se colocó detras de ella.

La comitiva salió de la Conserjería en medio de los gritos de *¡Viva la república! ¡Plaza á la Austriaca! ¡Plaza á la vida de Capeto! ¡Abajo la tiranía!* El cómico Grammont, ayudante de campo de Ronsin, iniciaba estos gritos con su ejemplo, blandiendo su sable y abriéndose paso atropellando con su caballo. La carreta daba vaivenes por el mal piso, y la reina no podia apoyarse por tener sus manos atadas; sin embargo, aunque con trabajo, procuraba guardar el equilibrio y una actitud llena de dignidad. «¡No son éstos tus cojines de Trianon!»—le decian algunos infames. La humillaban las voces, las miradas, las risas y los gestos del pueblo. Sus mejillas alternaban continuamente entre el sonrosado y la palidez, revelando el hervor y la fermentacion de su sangre. A pesar del cuidado que puso en su último adorno, deshonraban su rango el desarreglo de su ropa, la grosera y comun tela y los magullados pliegues. Los bucles de sus cabellos caian por debajo de su gorra, y el viento hacia que azotasen su rostro. Sus secos é hinchados ojos revelaban los accesos de un dolor que carecia ya de lágrimas; alguna vez se mordía el labio inferior, como acallando el grito de un dolor agudo.

Luégo que hubo atravesado el puente del Cambio y los tumultuosos barrios de París, el silencio y la actitud de la muchedumbre indicó otra region del pueblo. Si no inspiraba piedad, reinaba al ménos la consternacion. Sus facciones volvieron á adquirir la calma y uniformidad de expresion que les robaron los ultrajes del populacho. Guardando esta actitud pasó toda la calle de San Honorato. Vanamente se esforzaba el sacerdote en llamar su atencion con palabras que parecia rechazar. Asistiéndola toda su comprension, paseaba las miradas por las fachadas de las casas, por las inscripciones republicanas y por las costumbres y aspecto de una capital tan transformada en los quince meses de su prision, y sus ojos se fijaban con especialidad en los pisos superiores, donde flotaban banderolas tricolores, emblema del patriotismo.

El pueblo creia, y así lo han escrito testigos oculares, que su pueril y vária atencion se fijaba en estos signos exteriores del republicanism; pero su pensamiento vagaba por otra esfera. Sus ojos buscaban entre estos signos de su ruina otro signo de salvacion. Se acercaba á la casa que le indicaron en el calabozo, y buscaba la ventana de la que debia descender la absolucion del disfrazado sacerdote. Un gesto incomprensible para el pueblo la dió á conocer. Cerró los ojos, bajó la frente y se humilló bajo la mano que la bendecia; impedida por las ligaduras de las manos, hizo con tres movimientos de cabeza el signo de la cruz sobre su pecho. Los espectadores ereyeron que oraba sola, y respetaron su arrobamiento. Desde aquel instante brillaron en su rostro una alegría interior y un consuelo secreto.



XXIV

Al desembocar en la plaza de la Revolucion, los jefes del acompañamiento ordenaron que se acercara lo más posible la carreta al puente giratorio, y que se detuviese un momento frente á la entrada del jardin de las Tullerías. María Antonieta volvió la cabeza hácia su palacio, y contempló algunos instantes este odioso y querido teatro de su grandeza y caída. Algunas lágrimas se desprendieron de sus ojos. En la hora de la muerte recordó todo su pasado. La condujeron al pié del cadalso, y la ayudaron á bajar, sosteniéndola por los codos, el sacerdote y el verdugo. Subió las escaleras con majestad. Colocada ya en el cadalso, pisó inadvertidamente el pié del ejecutor. Este hombre exhaló un gemido. «Perdonadme»,—le dijo la reina, con igual timbre de voz que hubiese empleado para uno de sus cortesanos. Se arrodilló y oró un momento. Luégo se levantó, y dijo mirando á las torres del Temple: «¡Adios por última vez, hijos míos! Voy á reunirme con vuestro padre». No intentó como Luis XVI justificarse ante el pueblo y enternecerle con su memoria. Su fisonomía, como la de su esposo, no retrataba la anticipada mansedumbre del justo y del mártir, sino el desden hácia los hombres y la justa impaciencia de abandonar la vida. No se elevaba al cielo, pero huía de la tierra, legándole su indignacion y los remordimientos.

El verdugo, más conmovido que la reina, sintió un estremecimiento que hizo

La reina ante el tribunal revolucionario.—Pág. 127.

vacilar su mano al desprender el hacha. Cayó la cabeza de la reina. El ayudante del verdugo la cogió de los cabellos, dió vuelta al cadalso, y levantándola con la mano derecha, la enseñó al pueblo. Un grito de *¡Viva la república!* saludó á aquel mudo y ya yerto rostro.

La revolucion se creyó vengada, pero sólo una mancha recaía sobre ella. Esa sangre de mujer empañaba su gloria sin cimentar su libertad. Paris se conmovió ménos por aquella ejecucion que por la del rey. La opinion afectó indiferencia por una de las más odiosas ejecuciones que consternaron la república. El suplicio de una reina y de una extranjera, en medio de un pueblo que la habia adoptado, no obtuvo la recompensa de los fines trágicos: los remordimientos y la compasion de un reino.

XXV

Así murió aquella reina, frívola en la prosperidad, sublime en el infortunio, intrépida en el cadalso, ídolo de una corte diezmada por el pueblo, durante mucho tiempo el cariño, despues el ciego consejo de la corona, y más tarde el personal enemigo de la revolucion. La reina no supo prever, ni comprender, ni aceptar esta revolucion; sólo supo irritarla y temerla. El pueblo la hizo blanco de toda su ira contra el antiguo régimen. Personificó en ella todos sus escándalos y todas las traiciones de las cortes. Dueña de su esposo por su belleza y por su valor, le envolvió en su impopularidad, y con su amor le arrastró á su ruina. Su vacilante política, que se amoldaba á las impresiones del momento, ya tímida como la retirada, ya temeraria como la victoria, no supo ni avanzar ni retroceder á tiempo, y degeneró en intrigas con la emigracion y con el extranjero. Favorita encantadora y peligrosa de una envejecida monarquía, careció del respeto, antiguo prestigio de la corona, y de la popularidad, prestigio del nuevo reinado. Su mision fué sólo admirar, extraviar y morir. La poca firmeza de su alma la excusa, la hace inocente la admiración de su hermosura y juventud, y la ennoblece la grandeza de su valor. No se la puede juzgar sobre un cadalso; condolerse es juzgarla. Pertenece al número de esos recuerdos que desarmen la severidad política del historiador; recuerdo que se evoca con piedad y que no se juzga, como debe juzgarse á las mujeres, sino con lágrimas.

La historia, cualquiera que su opinion sea, regará este suceso con abundantes lágrimas. ¡Sola contra todos, inocente por su sexo, sagrada por su título de madre, una mujer indefensa, inmolada en tierra extranjera por un pueblo que nada perdona á la juventud, á la belleza, al vértigo de la adoracion! Llamada por un pueblo para ocupar un trono, este pueblo ni áun le concede una tumba. En el registro de los entierros comunes de la Magdalena se lee lo siguiente: *Por el ataúd de la viuda de Capeto, 7 francos.*

Hé aquí el resumen de una vida de reina y de esas enormes sumas gastadas durante todo un reinado por la esplendidez en los placeres y las generosidades de una mujer dueña de Versalles, Saint-Cloud y Trianon. Cuando la Providencia quiere hablar á los hombres con la ruda elocuencia de las vicisitudes reales, dice más con un solo signo que Séneca y Bossuet con sus magníficos discursos, é imprime una vil cifra en el registro de un sepulturero.

LIBRO CUARENTA Y SIETE.

Sesion del 3 de Octubre de 1793 en la Convencion.—Informe de Amar.—Decreto de acusacion de los girondinos.—Los setenta y tres diputados de la Llanura son declarados sospechosos y puestos en prision.—Causa de los veintin girondinos.—Su condenacion.—Su última comida.—Su ejecucion.—Juicio del partido girondino.

I

La relacion del proceso y de la muerte de María Antonieta, que no hemos querido interrumpir, nos obliga á volver algunas semanas atras, hasta el 3 de Octubre, para seguir el destino de los girondinos.

Desde el 2 de Junio, fecha de su caída y de la prision de sus principales oradores, los girondinos eran objeto del resentimiento del pueblo de Paris, más sediento que harto de venganzas. El comité de seguridad general encargó á Amar, uno de sus más implacables miembros, que entregase al tribunal á los principales jefes de este partido, que habian sido presos el 31 de Mayo, y que decretase la acusacion de los setenta y tres diputados del centro, sospechosos de complicidad moral con la Gironda, y que habian protestado el 6 y 19 de Junio, por medio de un acto valiente y público, contra la violencia del pueblo y contra la mutilacion de la Representacion nacional. Un profundo misterio envolvió esta medida del comité de seguridad general, que obró como el tribunal de los Diez en Venecia, asegurando con el disimulo y el silencio las víctimas que temia se le escapasen.

II

El 3 de Octubre, en una de esas espléndidas mañanas del otoño que parecen convidar á los hombres con la serenidad del cielo á la libre contemplacion de los últimos dias de la hermosa estacion que va á morir, los setenta y tres diputados del centro, resto amenazado siempre y siempre inquieto del partido de Roland, de Vergniaud y de Brissot, fueron á la Convencion para la sesion de aquel dia, quedando admirados del aparato inusitado de fuerza armada que habia alrededor de las Tullerías. En el recinto del salon, las tribunas frecuentadas por el pueblo, y en donde asistia á sus negocios, estaban más concurridas que de ordinario. Una sorda agitacion, una esperanza impaciente se traslucia en las conversaciones, en los movimientos y en las fisonomías de los espectadores. Un peso invisible de ansiedad parecia gravitar sobre los diputados, que iban ocupando lentamente sus puestos. Se hubiera dicho que la Montaña y el pueblo habian recibido la siniestra con-